

Amadeo Benet Cardona

Los ángeles del equilibrio



LETRAS DE AUTOR

Los personajes, sus nombres y situaciones de esta historia son imaginarios, por lo que su similitud con la realidad concreta es pura coincidencia.

© Amadeo Benet Cardona

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación y diseño: Georgia Delena

Primera edición: Marzo 2015

ISBN: 978-84-16362-46-2

Depósito Legal: M-6766-2015

PVP: 19 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*Para mis abuelos maternos,
mis segundos padres.*

Prólogo

Cuenta la leyenda que la isla de Ibiza fue concebida por el dios Bes. Una divinidad procedente de Egipto, que, después de viajar por los confines del Mediterráneo, se prendó de una doncella que yacía sobre el azul de sus aguas. Bes no era un ser hermoso, sino un enano contrahecho cuyo único atractivo procedía de su espíritu apasionado y en extremo generoso. Por ello, a fin de seducir a su amada, el pequeño dios no dudó en ofrecerle todos los bienes y poderes que había recogido en su paso por el resto del mundo.

De este modo, Bes consiguió su propósito, y de su unión con la hermosa nació una tierra de inconcebible belleza a la que bautizaron con el nombre de Ibosim (isla de Bes), Ebusus o Ibiza. Esta isla, nacida bajo el signo de escorpio, heredó la magia, la generosidad y la pasión de su progenitor, pero también la ambición y el temperamento en extremo celoso, posesivo, guerrero y promiscuo de su madre.

Desde el siglo VII antes de Cristo hasta el siglo XIII de nuestra era, una sucesiva multitud de pretendientes: cartagineses, romanos, árabes y catalanes se sumergieron en verdaderos baños de sangre con el fin de obtener los exclusivos favores de aquella tierra encantada.

Con el propósito de mitigar el excesivo ardor que la isla despertaba en los hombres, Bes hizo construir en ella iglesias y ermitas, bautizó sus pueblos con nombres de santos, fomentó la monogamia y fijó la memoria ancestral de esos valores en el espíritu colectivo de las gentes para que jamás fueran olvidados. Pero, ¡ay!, esto no fue

suficiente. Al amanecer de la era tecnológica, los engendros contruidos por el hombre invadieron el cielo, el imperio de los dioses, abriendo de par en par las puertas de la isla a todas las culturas del resto del mundo y sobrecargándola de súbito con ideas nuevas y contradictorias. Y así sucedió que el precario equilibrio que Bes había conseguido mantener hasta entonces se rompió definitivamente.

Derrotado y cansado, el dios enano acudió al Concejo Superior de los Dioses implorando ayuda. Estos, comprendiendo que lo sucedido en la pequeña isla no era un tema aislado, sino el germen de un mal que amenazaba contaminar la totalidad del planeta, acordaron el advenimiento a la tierra de «Los ángeles del equilibrio»; una cohorte formada por triadas de ángeles de la tercera esfera.

Pero Gea, la diosa de la tierra, disconforme con una decisión que eximía de castigo los desmanes de los humanos y la irresponsabilidad de Bes, cargando como de costumbre el peso de la cruz sobre los hombros de los ángeles, hizo valer su derecho a veto e impuso dos condiciones. En primer lugar, Bes debía ser desposeído de su naturaleza divina y desterrado a la tierra que había creado. En segundo lugar, los ángeles ejercerían una función de evangelización y control, pero esta vez serían los hombres quienes pagarían con su sangre los resultados de sus errores.

Las exigencias de Gea fueron aceptadas por los dioses y, para ayudar al Hombre en su difícil tarea, inspiraron la creación de una organización enteramente humana: «La Hermandad del escarabeo». En ella se delegó una enorme responsabilidad pero también un gran poder, pues fue nombrada custodia del secreto mejor guardado de la ciencia oculta.

Fragmento de *La leyenda de Bes*
Extracto de La reseña histórica de La Hermandad

I PARTE
El hijo robado

El magnate

1956, Berna, Suiza

Robert Stone, conocido en el mundo de las finanzas como el magnate de Hidrobes, se enfundó la costosa y elegante chaqueta de Armani y se ajustó el nudo de la corbata. Cuando sonreía sus gruesos carrillos aprisionaban su bulbosa nariz prestándole una perruna y afable semblanza con Walter Matthau. Sin embargo, en estos momentos el rico potentado no sonreía, más bien su gesto facial reflejaba la versión más enfurruñada del conocido actor.

—Déjese de rodeos, doctor, y suéltelo de una vez: ¿cuál es el diagnóstico? —espetó el magnate, taladrando al especialista con sus escrutadores ojillos negros.

—Lo siento..., míster Stone —dijo pesaroso el ginecólogo jefe del Hospital Central—, los análisis confirman que el aparato reproductor de su esposa es perfectamente funcional. Pero en lo que a usted se refiere...

Los carrillos de Robert Stone descendieron abruptamente. Atajó el discurso del médico con un simple ademán y extendió el brazo con la mano abierta.

—¿Me permite ver el informe?

El médico, en silencio, entregó una hoja de papel al magnate. Este le dio una rápida ojeada, suspiró y se la devolvió al galeno, el cual se apresuró a decir:

—Comprenderá que con los parámetros arrojados por el análisis espermático, sus posibilidades de fecundación son...

—Con esta basura, nulas —concluyó adustamente Stone—. Lo sé perfectamente, no es este el primer hospital que visito ni el primer análisis que leo.

Pese al férreo compromiso de confidencialidad a que estaba sometido el expediente, el especialista conocía bien la larga odisea de aquel hombre en busca de lo que médicamente era imposible. Sabía también que tenía delante a uno de los principales accionistas y mecenas del hospital; el hombre que el año anterior había donado tres millones de dólares al departamento de investigación del centro sobre tecnologías de fertilidad. Derrumbar sus esperanzas significaría poner en riesgo las sustanciosas inyecciones de liquidez del magnate. Sin embargo, intentar dorarle la píldora con engaños y falsas promesas sería un tremendo error. Con personajes de esta talla solo cabía una estrategia: la verdad.

O al menos la parte menos dura de la verdad.

Así que el especialista carraspeó y dijo:

—Usted no ignora, míster Stone, que gracias a la enorme generosidad de personas de su calidad moral hemos dado un gran paso en la investigación sobre reproducción humana. Creemos sinceramente que en unos pocos años las tecnologías de fecundación asistida aportarán la solución para muchas parejas con dificultades. Sin embargo, en su caso...

Robert Stone escuchó de aquel ceremonioso adulator lo que ya sabía de sobras: ni ahora ni nunca su caso tenía solución. No al menos médicamente hablando. Llevaba tres años luchando contra su infertilidad, tiempo más que suficiente para que el hombre de negocios que llevaba dentro aceptara que era hora de abandonar aquella línea de acción. De modo que, mientras iba archivando en su mente los últimos vestigios de la esperanza que había depositado en el área de la genética y la farmacología, su mente práctica comenzaba a trazar las líneas maestras de una segunda opción. Una opción que a decir verdad no le agradaba en absoluto, ya que exigía un precio que no podía pagarse con dinero. Y todo lo que no podía pagarse con dinero solía costar excesivamente caro.

En la puerta del hospital le esperaba su lujoso automóvil: un Rolls Royce Phantom III de 1938, del que tan solo llegarían a producirse

723 unidades, una de las cuales pertenecía a uno de sus mejores clientes; el presidente de Arabia Saudí. Para el magnate sólo lo mejor y más ostentoso era suficiente. No se trataba de vanidad ni excesivo gusto por el lujo. En absoluto. En realidad, Robert Stone era un hombre de costumbres austeras que no renegaba ni se olvidaba de sus orígenes humildes; pero en el mundo en que se movía, el lujo y el boato eran símbolos de poder, y el poder atraía el dinero como la miel atrae a las moscas.

Poseía más dinero del que hubiera podido gastar en mil vidas de lujos y dispendios, y aun así continuaba amasándolo. No por miedo al futuro, o por ambición... ni por aspirar a convertirse en el más rico del cementerio. No. Aunque para él ganar dinero continuaba siendo un juego y un símbolo de reafirmación personal, su principal motivación actual era el altruismo.

Y el altruismo era un deporte muy caro.

En este sentido, su aventura había comenzado más de tres décadas atrás, cuando fue enrolado en «La Hermandad del escarabeo» («La Hermandad», entre los acólitos), una asociación secreta que desde entonces Stone ocultaba bajo la tapadera de Hidrobes: la conocida sociedad mercantil dedicada a la fabricación de maquinaria industrial hidromecánica a gran escala cuyos productos tales como los módulos depuradores de aguas residuales HB y las desalinizadoras de bajo consumo energético HB se habían convertido en el mundo entero, y muy especial en gran parte de la costa mediterránea, en productos que por su increíble índice de coste/calidad no admitían competencia. Pese a ello, tales productos eran ínfimas muestras del poderío tecnológico de Hidrobes: la punta del iceberg que el público veía, pues el objetivo final de la compañía, el secreto que Stone mantenía encerrado bajo siete llaves, era el desarrollo de «La Máquina», un ingenio tecnológico destinado, ni más ni menos, que al control del clima y del ecosistema terrestre. En la creación de este ingenio residía la clave del proyecto que le había encomendado personalmente el fundador de La Hermandad. Si conseguía finalizarlo con éxito, Stone alcanzaría el grado de «Maestro». Un gran honor. Pero un honor que iba unido a un enorme riesgo, ya que en la sombra acechaban «Los Oscuros»: un grupo de renegados de La Hermandad, tan poderoso

como ambicioso y corrupto, cuya intención era apoderarse del secreto de Hidrobes. Por tal motivo, la vida privada del magnate no transcurría por el camino de rosas y reconocimientos con que le agasajaba el mundo exterior, sino por una senda de severo secretismo y anonimato.

El cristal blindado e insonorizado que separaba el conductor de la parte posterior del automóvil mostraba en su centro un emblema finamente labrado a todo color consistente en una rosa roja dibujada sobre una cruz dorada inscrita en un uróboro¹. El magnate golpeó tres veces con los nudillos sobre este símbolo y luego se arrellanó en su asiento. No era necesario añadir orden alguna. El conductor, un hombre de color que llevaba más de treinta años a su servicio, tenía el itinerario trazado de antemano.

Saliendo por la gran puerta de hierro forjado de diseño decimonónico del aparcamiento, el lujoso vehículo atravesó el núcleo urbano de la exuberante ciudad y puso rumbo al puerto de Génova.

Mientras rodaran por suelo suizo el viaje transcurriría lento debido a la sinuosidad de las escarpadas carreteras, pero cuando se adentraran en Italia tomarían las autopistas A5 y A10, y, desde este momento, el trayecto, en alas del potente motor de doce cilindros y 7340cc., se convertiría en una veloz y constante paseo hasta el mar.

El viaje, salvo contratiempos, duraría un total aproximado de cinco horas. Eran las dos de la tarde de principios de julio, de modo que, si todo marchaba según lo previsto, llegarían a puerto con unas dos horas de luz solar por delante.

Tenía tiempo de echar una cabezadita. Lo necesitaba, pues al llegar a su destino no le quedaría más remedio que sostener una más que incómoda conversación con su esposa sobre el nuevo plan que tenía en mente, y por ello Stone debería mantener todas sus energías físicas y mentales intactas. Pero antes de abandonarse al descanso le quedaban un par de asuntos que atender.

¹ Círculo formado por una serpiente mordiéndose la cola. Simboliza la sabiduría.

Descolgó el radioteléfono y marcó el número privado de su corredor de bolsa. El auricular del otro lado fue descolgado inmediatamente.

«Peter al habla. Dígame, míster Stone».

—Retire la totalidad de las subvenciones y avales crediticios a todos los hospitales y centros dedicados a investigación genética y reproducción humana de los que somos accionistas e informe de estos movimientos a los medios de comunicación a la mayor premura. Asegúrese de que hasta la última chinche de Wall Street se entere de la noticia.

La voz que llegó del otro lado de la transmisión parecía a punto de sufrir un síncope.

«Señor... ¡Lo que me pide es una bomba!, si procedemos e informamos a los medios como usted indica, las acciones caerán en picado. Tiene usted un gran capital de activos invertidos en...».

—Haga lo que le ordeno, Peter, y avíseme cuando las cotizaciones de las empresas que le menciono bajen un treinta por ciento —respondió Stone, aceradamente.

«Sí señor... Como usted ordene, señor...».

Stone interrumpió la comunicación y marcó un nuevo número. Esta vez tuvo que esperar tres tonos antes de recibir respuesta.

«Salvatore al habla. *Il signore* dirá lo que se le ofrece».

Stone captó el deje de irritación en la voz de su interlocutor. Seguramente había interrumpido a *Il maestro*, como todos llamaban familiarmente a Salvatore, el cocinero jefe de a bordo, en medio de la elaboración de una de sus mágicas recetas.

A cualquier subordinado de menos valía aquellas mordaces palabras le habrían granjeado un fulminante despido, pero en el arte de montar una mesa bien servida Salvatore era mejor del mundo, y Stone sabía de buena tinta que una mesa bien servida y regada con los mejores vinos, exhibida a bordo de su lujoso yate, predisponía a sus acaudalados clientes para la firma de contratos millonarios más que un elegante despacho repleto de cenicientos economistas y estirados leguleyos con más títulos universitarios en las paredes de sus despachos que neuronas en la mollera. Sí, el maldito cocinero poseía una

cualidad poco corriente en estos días: era útil. Y Stone sabía ser tan paciente con los que le eran útiles como inflexible y expeditivo con aquellos estúpidos universitarios licenciados en incompetencia cuyas máximas habilidades consistían en ejercer de perfectos lameculos. Por ello, en estos momentos, haciendo de tripas corazón, ahogó su incipiente furor tras un tono formal.

—Disponga la cena en la cubierta de popa, Salvatore. A las nueve en punto. Y en lo referente al menú, póngase a las órdenes de mi esposa.

«Siendo que el talento gastronómico de la señora supera ampliamente al del señor, considero muy acertada su decisión, *signore*».

Stone colgó sin responder.

¿Qué decir?, el muy condenado estaba en lo cierto. A Stone tanto le hubiera dado cenar un simple bistec con patatas como el bien condimentado *chateaubriand* a las finas hierbas con su «salsa especial Salvatore» que sin duda ordenaría Rosan, su esposa. El día había sido duro y demoledor y el estómago de Stone no estaba para florituras, sin embargo, en esta noche decisiva que posiblemente marcaría el futuro de su matrimonio, imponer sus frugales gustos culinarios a su mujer habría sido una falta táctica que no podía permitirse. Y es que Rosan era la reina, la pieza clave del juego que Stone ocultaba tras Hidrobes. Un juego cuya continuación exigía un duro sacrificio. Y Stone sabía que para convencer a su esposa del sacrificio que esta velada precisaba solicitarle necesitaría de cualquier artimaña y punto débil a los que pudiera echar mano... Y la buena mesa y el champán francés eran uno de los pocos puntos débiles de Rosan.

«Eso es, concéntrate en los detalles prácticos y olvídate de las implicaciones emocionales, Stone», concluyó para sí.

Afianzándose en esa idea, respiró profundamente, y así, poco a poco, con la habilidad y determinación conseguida por la práctica de la larga disciplina mental adquirida en La Hermandad, fue aplacando y aislando sus emociones. Su pulso se ralentizó, su respiración se acompasó y cuando, al fin, los seres humanos del juego que tenía en perspectiva se iban transformando en simples piezas de madera susceptibles de ser movidas a su antojo sobre un virtual tablero de ajedrez, se sumió en un profundo sueño.

Casi al mismo tiempo, a pocos cientos de kilómetros de allí, el radiólogo que hacía pocas horas acababa de tomar varias placas a Stone en el Hospital Central recibía una llamada de larga distancia en su domicilio particular.

«¿Ha sido entregado el paquete?».

—Sí. Con la dosis exacta por usted exigida.

«Bien, mañana recibirá lo convenido».

Al día siguiente, un hombre tropezó y cayó en la calzada en el inoportuno momento en que pasaba un camión de alto tonelaje. Era el radiólogo que la mañana anterior había tomado las placas a Robert Stone en el Hospital.

Todos los testigos presenciales calificaron el suceso de «desgraciado accidente».

A las cinco de la tarde, media hora antes del cierre de los mercados europeos, el sonido del radioteléfono despertó bruscamente a Stone. Este se desperezó y descolgó el auricular de mala gana.

—¡Maldita sea, Peter, acaba de partirme la siesta por la mitad! A no ser que llame para comunicarme el inminente hundimiento del mundo, más vale que me dé cifras que valga la pena oír.

«El mundo parece estar en su sitio, señor, pero la bolsa...»

—Vaya, no me diga que las acciones han bajado ya a los índices que le indiqué...

«Aun no..., señor. Pero la reacción de los mercados sobrepasa todas mis expectativas. A estas horas, Frankfurt, París, Londres y España empiezan a acusar pérdidas. En Europa no se prevén bajadas sustanciales al cierre ya que el mercado dejará de operar en aproximadamente media hora. El verdadero caos se está produciendo en Estados Unidos, puesto que por la diferencia horaria los mercados no cierran hasta dentro de unas seis horas. Allí, las industrias relacionadas con la investigación farmacológica pierden ya más del ocho por ciento, y no sólo eso, sino que otros activos aparentemente independientes de este sector se subastan a la baja. El índice Dow Jones ha descendido ya cinco enteros y se rumorea que Tokio abrirá mañana con fuertes pérdidas...».

—Está bien, Peter. A decir verdad, tampoco yo esperaba una reacción tan fulminante. Manténgame informado.

Antes de que su interlocutor pudiera replicar, Stone colgó con esa leve sonrisa que hinchaba sus carrillos y avivaba sus entornados ojos burlones.

Si algo había aprendido en su larga singladura en el mundo de los negocios era que siempre había un modo de aprovecharse de las malas experiencias para sacarles beneficio. En esos tres años en los que había luchado contra su irremisible infertilidad, había sufrido en sus carnes la humillación de saberse un ser en cierto modo incompleto; pero su desgracia le había abierto los ojos. Ahora era capaz de comprender el sufrimiento y la desesperación de los millones y millones de hombres que como él corrían tras un milagro médico para solucionar su esterilidad. En el futuro el milagro sería posible únicamente para un grupo reducido de afortunados, pero, independientemente del número de candidatos con posibilidades razonables de éxito, en este hipotético futuro un torrente humano de desesperados se apuntaría a la lotería de la ciencia si esta les ofrecía tan solo una ínfima esperanza de pertenecer al grupo de los escogidos. Y entonces, allí estaría él, Robert Stone, para venderle al mundo esta mínima esperanza. Un negocio de extrema sencillez cuyo mecanismo consistía en apoderarse a bajo precio de una buena tajada del mercado de la industria farmacológica, inyectar cierto capital en sus programas de investigación y luego en sentarse tranquilamente a esperar a que el tiempo hiciera el trabajo.

Desde luego, esta no era la línea principal del plan que estaba haciendo desde esta mañana. El objetivo prioritario y fundamental era conseguir que su esposa le diera un hijo que le sucediera, pero si aparte de esto lograba venderle al mundo que un famoso empresario con la capacidad reproductora de un mulo castrado había engendrado este hijo gracias a los milagros de la ingeniería de reproducción asistida desarrollada en sus propios laboratorios, los beneficios económicos que obtendría serían inmensos. Y es que, sin perder jamás de vista la prioridad de sus objetivos, a Robert Stone le encantaban el tipo de situaciones que permitían rematar varios negocios al mismo tiempo. Aquella suerte de partidas simultáneas en las que era un consumado maestro.

La dama blanca

Er an cerca de las nueve de la tarde y ya *El Rosan*, el yate regalo de bodas de Stone a su esposa, se encontraba en alta mar con sus setenta metros de eslora enfilando directamente rumbo a las islas Baleares.

El mar estaba encalmado y un hinchado disco solar estaba a punto de hundirse tras el horizonte teñido de púrpura. Esa puesta de sol era un espectáculo al que Stone era especialmente sensible, sobre todo en momentos que como ahora esperaba impaciente la llegada de Rosan, la única persona en el mundo capaz de despertar sus emociones hasta hacerle cuestionar quién era él en realidad.

Pese a poseer una formación técnica que incluía un doctorado en ingeniería naval, ser un generalista del saber con amplios conocimiento sobre las técnicas vanguardistas de ingeniería genética y gozar además de una merecida fama de tiburón financiero que planeaba sus negocios como meros movimientos ajedrecísticos, Stone no se consideraba a sí mismo un tipo frío y calculador, sino simplemente un hombre para quien las obligaciones y exigencias prácticas de la vida eran una cosa y las emociones otra. Veía su propia mente como un receptáculo dividido en cajones estancos donde las razones y los sentimientos se guardaban por separado. Y en uno de estos cajones guardaba celosamente un alma de artista enamorado de la belleza.

«Muchas son las cosas bellas que he visto y los objetos exóticos que he coleccionado en mis viajes, pero nada hay en el mundo cuya

belleza y misterio pueda compararse con el Mediterráneo. Sólo para salvar la magnificencia de esta puesta de sol vale la pena haber fundado Hidrobes», se dijo mientras entrecerraba los párpados deslumbrado por los últimos destellos del día. Pero apenas este pensamiento cruzaba su mente, unos delicados pasos le hicieron abrir los ojos de par en par, y entonces por enésima vez en el transcurso de los últimos años tuvo que admitir que sí había en este mundo algo capaz de eclipsar la belleza y el embrujo del Mediterráneo: su esposa Rosan.

Alta, de breve cintura, cimbreante andar y generosas proporciones, la joven poseía un largo pelo azabache y unos ojos turquesa húmedos y ligeramente melancólicos que habían cautivado a Stone cinco años atrás.

Al contemplarse a sí mismo, se dio cuenta, con mayor pesar del que nunca antes hubiera experimentado, de la extraña pareja que Rosan y él formaban. Su esposa era una joven de veintitrés años con aspecto de diosa griega y él, con sus sesenta años cumplidos, metro noventa de estatura y ciento treinta kilogramos de peso no podía sino compararse a un oso viejo excesivamente nutrido a punto de hibernar.

«La bella y la bestia», rumió con pesar.

Aunque nadie con un gramo de seso se atreviera a pregonarlo abiertamente, todo el mundo creía tener claro que Rosan no había visto en el viejo magnate otra cosa que su enorme fortuna. Robert Stone, sin embargo, albergaba sus dudas al respecto. Nadie como él sabía de la fascinación que el dinero y el poder ejercían en las personas, aun así intuía que Rosan le profesaba, además de respeto y admiración, una cierta clase de amor. No un amor romántico, desde luego, sino un amor filial no exento de un extraño erotismo rayano en lo incestuoso.

Difícil era matizar tal sentimiento, pues para ello hubiera sido necesario llegar al fondo del corazón de su mujer. Labor vana, pues incluso para él, que conocía hasta los más escabrosos detalles de la niñez y adolescencia de Rosan, la compleja personalidad de esta era un enigma rodeado de misterio.

La joven apoyo el torso en la baranda, rozando la mano de su marido.